



**SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1**  
**ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1**  
**ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1**

Tuesday 6 November 2007 (afternoon)  
Mardi 6 novembre 2007 (après-midi)  
Martes 6 de noviembre de 2007 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

---

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente sólo **uno** de los textos (a) o (b).

1. (a)

### EL FORASTERO Y EL CANDELABRO DE PLATA

Aquel ladrón podía salvarse. Dependía, únicamente, de lo que ella dijera. Una de las dos palabras: sí o no. Estaba en sus manos. Con sólo decir sí, aquel hombre, cuya mirada tenía destellos irónicos y expectantes al mismo tiempo, podía quedar libre y reanudar su camino, irse por donde había venido... o quién sabe... tal vez... por esos misterios de la vida... ella y él...

—¿Lo conoce usted?

Sintió un raro aunque ligero escalofrío. Le pareció que la voz cascada, desagradable del comisario, estaba de acuerdo con la pobreza de la habitación: apenas la mesa y la silla y en una de las paredes, agrietada, lo único llamativo: un almanaque pasado, que mostraba la figura, en colores, de una mujer semidesnuda. Una mujer joven y hermosa, de muslos torneados y senos altaneros. La mirada del comisario, del preso y de los agentes que lo sujetaban, aumentó súbitamente su angustia. Tuvo deseos de estar lejos, con sus alumnos, paseando por el campo, extasiándose con el azul límpido del cielo. Empero, ella estaba allí, en contra de su voluntad, para decidir sobre el destino de aquel hombre que ahora, le sonreía, con un extraño rictus en los labios.

—Disculpe usted, pero dice que son viejos conocidos... que puede garantizar por él...

Sí, eran viejos conocidos. Miró la figura del almanaque: ella había sido así, joven, bonita, llena de ilusiones. Hacía muchos años, era verdad. Pero ella era así. Aunque un poco más delgada. Sus ojos se achicaron al dirigirlos al preso. Este era el que la había sumido en el mundo en el que ahora vivía. Solitaria solterona que volcaba todo su amor maternal en los niños de su escuela. Este era el hombre que había hecho subir el rubor a sus mejillas y le había arrancado las palabras que guardaba como un gran tesoro. ¡Sí, te amo! ¡Acepto ser tu esposa! Este era el hombre que la dejó con el vestido de novia a medio terminar.

—Se perdió el candelabro de plata de la capilla... y él es forastero en el pueblo... pero, si usted lo conoce...

Sí, claro que lo conocía. Y tanto. Había encerrado sus sentimientos en una fortaleza y nunca más, ningún hombre logró hacerla sonreír. Y allí estaba ahora el causante de su misantropía, de su miedo. ¡Pobre, parecía haber caminado mucho! Jesucristo nos manda perdonar. Estaba tan viejo. Pero sus ojos no habían perdido el brillo y sus labios, ahora recordaba bien, tenían el mismo rictus. Sí, lo conocía y con sólo decirlo en voz alta podía salvarlo.

—Si no confiesa, nosotros tenemos nuestro modo y hacemos hablar hasta a los mudos...

Jesucristo nos manda perdonar... Miró el almanaque. Ella era así, joven, bonita, llena de ilusiones. Había soñado tener su casita, sus tres hijos, su jardincito... Jesucristo nos manda perdonar... Pero, cuánto había sufrido allí, en su pueblo natal. Todos se habían reído de ella. Casi se había muerto de vergüenza. Tuvo que aceptar el puesto de maestra rural. Amaba a los niños. Odiaba a los hombres. Allí estaba el causante de su soledad, de su frustración, de su amargura. Pero, podía salvarlo, Jesucristo nos manda perdonar...

—Sí...

El preso sintió aflojarse sus músculos y lanzó un suspiro de alivio. Los agentes abrieron las tenazas de sus manos dejando libres los brazos del forastero.

40 —En ese caso...

Jesucristo nos manda perdonar. Pero cuánto había sufrido. Ya no tenía lágrimas. Su única diversión eran los niños de la escuela durante el día. En la noche rezaba el rosario y hacía flores de papel que vendía a los campesinos de la región. Allí estaba el que la condenó a esa clase de vida, en las que todos los días, grises, color ceniza, la dejaban medrosa, melancólica, poblada la mente de pensamientos sombríos. Allí estaba el ladrón de sus ilusiones, de su felicidad soñada... Si al menos se arrepintiera y le pidiera que lo perdonara y le dijera que es tiempo todavía... si al menos...

—Si lo conoce...

—¡Sí, lo conozco! ¡Es un ladrón!

50 Las tenazas de las manos de los agentes se volvieron a cerrar con fuerza en las muñecas y los brazos del preso. Una brisa fría rondó por el cuarto de revoque agrietado y movió el almanaque.

El comisario y los agentes esbozaron una extraña sonrisa.

—¡Zenaida! ¡Perdóname! ¡He venido a pedirte que seas mi esposa!

55 Las palabras del preso salieron disparadas como livianas mariposas que se fueron a estrellar en su nuca y el polvo dorado de sus alas se lo llevó el viento.

Ya era tarde.

Camino de la escuela, también culpó al viento de la molestia que sentía en los ojos. No eran lágrimas. No, no. Era el viento. En los muchos años que llevaba en aquellas regiones, el viento le producía un dolor en el corazón y le irritaba los ojos. No eran lágrimas. Si ella nunca lloraba.

60 Era el viento... el viento...

Gastón Suárez, *Los mejores cuentos bolivianos del siglo XX* (1980)

1. (b)

**SOLEDADES**

Todas las soledades—grises víboras—muerden  
la duda que taladra mis sienes abatidas.  
Nadie finge camino en torno de mis plantas  
que repliegan, medrosas, su impulso derrotado.

5 ¡Soledad de mi frente! Un residuo de sueños  
la empolva de ceniza.  
—¡Qué siniestra bandada de ideas en delirio  
entrega al huracán su pálido plumaje!—.

10 ¡Soledad de mis ojos! Superfluas avideces\*  
de un mirar que resbala en la inercia del cielo.  
¿Para qué mis pupilas y su afán de belleza  
si no existe el remanso que podría abreviarlas?

15 ¡Soledad de mis labios! Escondida zozobra  
de los besos en flor que no abrasa el estío,  
nostalgia de capullo condenado a vivir  
su eterna adolescencia.

20 ¡Soledad de mis manos! Inefable tortura  
del gesto que se duerme en trance de caricia.  
¿Para qué la ansiedad que entreabre mis palmas  
si adhieren a su curva inútiles vacíos?

Soledades que cercan con límites de hierro  
la expansión luminosa y frágil de mi vida...  
¡Rompe tú las amarras que me retienen, muda,  
en el hueco de mi rincón doliente!

Ernestina de Champourcin, *Cántico inútil* (1936)

---

\* avideces: deseos, ansias

---